

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO II.

MADRID 4.º DE JUNIO DE 1875.

NUM. 15.

PASEOS RECREATIVOS POR LA NATURALEZA.



V.

LA AURORA BOREAL.

 apá, ¡cuánto bendigo á Dios, dejado volver á salir contigo á estos paseos, donde tanto se alegra el alma, que por fin me ha dado salud, y me ha

viendo los hermosos cuadros de naturaleza, y donde aprendía tantas cosas, que tú me enseñabas!»

Esto decía el pequeño Carlos, á quien recordarán nuestros lectores hemos presentado varias veces de paseo con su buen padre, y que presa de una aguda enfermedad hacia ya meses, los habia tenido que interrumpir.

«Sentémonos aquí papá; ¡qué flores tan hermosas y tan variadas hay en esta pradera! parecen una bellísima alfombra que Dios estiende bajo nuestros piés. Mira, papá, ¡cómo me gusta siempre que la vuelvo á ver aquella preciosa cascada que forma el rio despenándose por aquella montaña! ¡Ah! el ruido de sus aguas, óyelo papá, parece que nos habla las grandezas del Dios que ha criado cosas tan hermosas.»

«Hijo mio,» dijo el padre dando un beso de inefable cariño en la frente de aquel hijo tan bueno; «¡qué necios son los que no creen en ese Dios de los cielos que ha criado tan buenas cosas! ¡qué malos los que blasfeman de Él! Tú nunca lo hagas, y bendice siempre al Señor.»

«Papá, ¿te acuerdas, que la vez última que por aquí paseábamos me hablaste de las nubes? ¡Mira aquella qué linda! ¡qué color tan hermoso tiene!»

«Aquella nube indica que mañana andará mucho aire.»

«Yo habia creido que era una Aurora Boreal, porque en una ocasion tú me hablaste de un fenómeno que se

llama la Aurora Boreal; ¿qué es?»

«¡Ah! Carlos, la Aurora Boreal es uno de los más bellos fenómenos que puede presenciar el hombre; es debida á la electricidad que hay en la atmósfera, y puede tener dos diferentes formas. Unas veces se presenta en forma de un arco, que se separa del horizonte por un segmento muy oscuro, lo que contribuye á que se destaque más su color blanco brillante que á veces pasa por matices azules, amarillos ó verdes. Estos matices dependen de la mayor ó menor densidad ó espesura de la atmósfera, que atraviesa el fluido eléctrico. Cuando la atmósfera está muy húmeda, la electricidad produce en ella rayas amarillas; cuando está más seca las produce encarnadas, y cuando está muy rarificada las produce blancas. Como la Aurora Boreal mide una estension de tantos miles de leguas, encuentra atmósferas de diferente densidad, y produce esos colores diferentes.

«Otras veces se presenta en forma de rayos que parten desde el horizonte hácia la altura del cielo, rayos que parecen pliegues de un gran ropaje agitado mansamente por el viento.»

«¿Y por qué se llama Aurora Boreal?»

«Se llama Aurora, porque da al cielo un parecido semejante al que vemos en él, cuando aparecen los rayos del crepúsculo de la mañana ó aurora matinal, y se llama boreal porque, aunque algunas veces tiene lugar en otros

países, sin embargo ocurre con muchísima mayor frecuencia en los países boreales ó pertenecientes al polo boreal ártico.

«Mira, hijito, aquí pasan muchos años sin que veamos una, y en la Laponia, segun nos cuenta un viajero, solo en ocho meses ha visto él ciento cincuenta y tres.»

«Papá, ¿qué es la Laponia?»

«Es un país de la Rusia inmediato al polo boreal, donde hace un frio muy grande, que nosotros acostumbrados á vivir aquí, no podríamos sufrir. Los hombres que allí viven son de muy pequeña estatura, muy honrados, y que viven una vida mucho más larga que nosotros merced á sus alimentos más naturales y de no tanta composicion como los nuestros, al clima tan frio que preserva al cuerpo humano de la corrupcion de sus humores y á su vida honrada y buena.»

»Los alimentos ordinarios de aquellos habitantes son frutos de la tierra y carne de los rengíferos; sus vestidos son de pieles de estos mismos animales, los cuales les sirven tambien para tirar de los trineos ó especie de carretones sin ruedas, que se arrastran por la superficie del hielo, como tú verás en una lámina que tengo en casa, donde se ve tambien la representacion de una Aurora Boreal.»

«Quisiera verla, papá; vámonos á casa.»

LA BIBLIA EMPAREDADA.

CAPITULO I.

La necesidad es alegría al falto de entendimiento. Prov. 15, 21.



magi-
nas jó-

ven lector, qué libro es este que la señora da al jóven caminante? Voy, pues, á contarte una historia verdadera de este mismo libro.

En la primavera cuando los aires suaves de Italia soplan sobre las montañas y en los valles de la Suiza, barriendo la nieve de sus campos, los jóvenes del canton Tesino salen de sus cabañas con las golondrinas, á buscar trabajo y pan en la Suiza alemana.

El jóven Antonio, albañil como la mayor parte de los Tesinos, cogió su hato al hombro en Marzo de 1856 y armado de bailejo y martillo caminaba por la gran carretera bajando y subiendo entre las altas montañas de la Suiza.

Habia encontrado á muchos viajeros en el camino con quienes cambió el saludo acostumbrado: «Dios te guarde,» cuando encontró una señora que le paró y preguntó: «¿De dónde,

mi amigo, y á dónde se va?» y le presentó un libro empastado de negro, diciéndole: «Tomad esto, no os será pesado; leed mucho en él durante vuestro viaje, en él encontrareis el camino de la vida.»

El jóven tomó el libro con repugnancia, porque el sacerdote de su pueblo le habia prevenido seriamente contra los libros de herejía y principalmente contra la Biblia. Sin dar las gracias por ello lo toma pensando en su mente: «Siempre puedo desprenderme de él cuando quiera,» y prosigue su camino á Glarus, en el centro de la Suiza donde encuentra paisanos y trabajo.

Una casa muy grande se estaba edificando allí; trabajaban alegremente los albañiles hablando muchas palabras malas.

Antonio era uno de los más impíos: la Biblia permanecía en su ato sin tocar; pero ¡cosa estraña! se preocupaba continuamente de ella y muchas veces

decia entre sí: «¡Cómo saldré de ella!» sin atreverse á tirarla.

Un dia estando casi concluidas las paredes de la casa, vió Antonio en un pilar que estaban levantando, una cavidad que faltaba que llenar. En aquel momento se acuerda de su Biblia y dice á los compañeros:

«En este hueco estaria bien guardada mi Biblia.» Los que le estaban escuchando aplaudieron la idea.

Antonio bajó del andamio, corrió á traer su Biblia y la colocó en aquella cavidad apretándola con los golpes de un martillo gritando: «Ahora veremos, si Satanás la sa-

ca otra vez de aquí.»

Algunas semanas despues se volvió Antonio á su pais. Su atado pesaba poco; sus jornales habian quedado en la taberna.

(Se continuará.)



LA BIBLIA EMPAREDADA.

(Continuacion.)



CAPÍTULO II.

Fuego, granizo, nieve y vapor, el viento de tempestad, que ejecutan su palabra. Salmo 148, 8.


 cinco años despues, el 10 de Mayo de 1861, oyeron los habitantes de Glarus en sus montañas un ruido extraño del valle inmediato á cuya entrada está situada la ciudad; era un rugido salvaje aterrador. Las gentes sabian lo que significaba esto; el féno, tormenta horrible del Sur, que visita la Suiza cada diez ó doce años, se acercaba. Las tiendas estaban cerradas, la lumbre apagada y cada uno metido en su casa: no habia temor, porque el dia anterior se habia resuelto en la alcal-

día, á pesar de las contradicciones de muchos noveleros, que la policia velase sobre la observancia de las reglas de precaucion en las casas.

Pero terrible como nunca rugia la tormenta, y por la noche se hizo tan fuerte como los mas antiguos vecinos no se acordaban haberla visto. A las diez de la noche cuando la mayor parte de los habitantes se habian acostado se oyó la campana de fuego. En un establo se ven salir las llamas por el techo y aunque la bomba de incendios acude luego y trabaja denodadamente, el viento llevándose ascuas encendidas comunicó el fuego á tres ó cinco partes del lugar.

Las casas de ambos lados son sal-

vados con mucho trabajo, pero por delante en el camino de la tormenta de Sur al Norte no es posible detener las llamas. Viene auxilio de los pueblos inmediatos, pero son pocos los que concurren, pues en las ciudades inmediatas separadas por altas montañas no se apercibe el incendio y el sonido de las campanas se apaga con el rugido de la tormenta.

El empleado del telégrafo está firme en su puesto cuando las llamas le rodean por todos lados, enviando partes en todas direcciones, pero en ninguna estacion se ha oido el llamamiento; todos duermen. Al fin viene una respuesta de Rapperschwyl donde el administrador está en el trabajo á esta hora. Se toca alarma allí, se sacan las bombas y un tren extraordinario cargado con ellas vuela al lugar del desastre.

Llegan al rayar el dia y al mismo tiempo viene auxilio de otra parte; la tempestad cesa y el fuego se concentra en sí mismo. ¡Qué devastacion! Cuatrocientos y noventa edificios no son mas que cenizas: entre ellos mas de trescientas casas habitadas; solo paredes ennegrecidas han quedado de las habitaciones nuevas y hermosas de la ciudad. Pero á la adversidad siguió luego el auxilio.

De todos los cantones de la Suiza vinieron dádivas de dinero, víveres y ropa. En aquel verano se levantaron los escombros, y en la primavera siguiente vinieron junto con las golondrinas, de todos lados albañiles y pi-

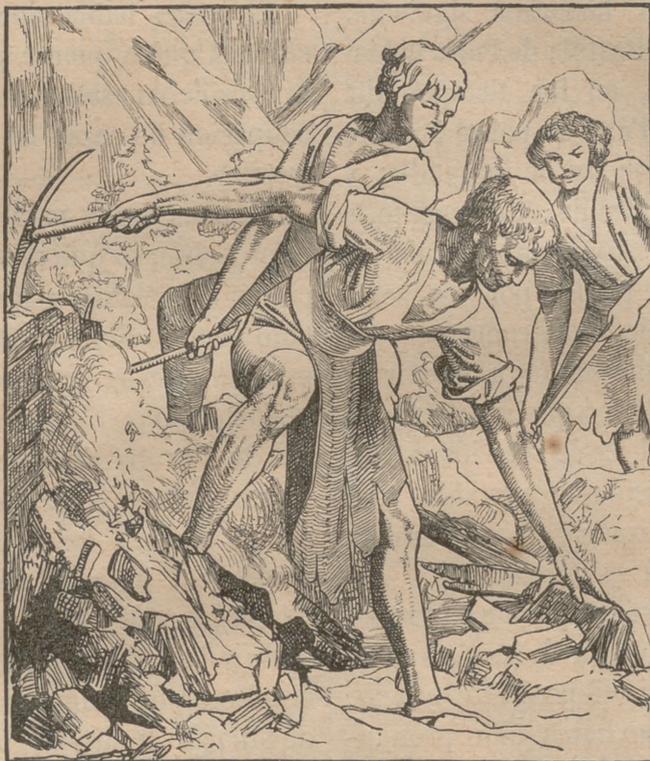
capedrereros para levantar nuevamente los edificios de Glarus renovada.

De los valles al Sur de los Alpes que se prolongan hasta la Lombardía, se puso tambien en camino una compañía de albañiles. Al medio dia hicieron alto, y despues de haber comido se divertieron todos segun su deseo; el perezoso durmió, el alegre bailaba al toque del órgano y el malo se reia de un jóven serio que habia sacado un Nuevo Testamento de su bolsillo y trataba de esplicar á sus compañeros algunos pasajes que leia.

El único que le escuchaba era Juan, hombre de cincuenta años. No era la primera vez que oia estas palabras; en uno de sus viajes le habia sido regalado aquel libro; él lo habia leído y lo llevó á su país, pero el sacerdote del lugar, así que lo supo, habia logrado á fuerza de astucia y amenazas, quitarle aquel tesoro. Entónces Juan no se fijó en esto, pero mas de una palabra del libro habia quedado en su alma clavada fuertemente, y ahora cuando volvía á oírlo comenzó á sentir la fuerza del Evangelio. Cuanto mas tiempo viajaba junto con el lector de la Biblia, tanto mas punzante sentia en su conciencia el dardo de haber despreciado tamaño bien; se hizo propósito firme de no volver á perderlo si lo encontraba otra vez.

Llegado á Glarus encontraron los compañeros trabajo en las obras nuevas y Juan emprendió como contra-maestre con algunos amigos la repara-

ción de una casa que aun con sus ruinas daba testimonio de haber sido un edificio nuevo y hermoso. «Ved,» dijo á sus compañeros, cuando estaba separando los ladrillos perfectamente arreglados con la capa de cal encima, «¡quésólida está la masa; apenas se ha movido una piedra!»



Así examinó las paredes de arriba abajo para ver si en alguna parte encontraba rajaduras, cuando de pronto le pareció haber tocado con el martillo en una concavidad bien tapada. Dió otro golpe y junto con una cantidad de ladrillos vió rodar un libro. «¡Qué es esto? ¡un libro! ¡Cómo ha estado ahí?» gritaron todos á la vez.

Examinaron la pared escrupulosamente por si habia tal vez existido un nicho en ella, pero vieron claramente el sitio donde habia estado el libro

favor de Jehová; mas él condenará al hombre de malos pensamientos.»

«¡Qué libro es este? ¡si será una Biblia? Sí; está escrito en la portada. ¡Oh! ¡qué felicidad! ¡he deseado tantas veces tener una Biblia! ¡Dios me la ha dado y nadie me la quitará!»

Quién habia puesto la Biblia entre la pared, no lo sabia Juan y ménos sus compañeros; pero el lector lo sabe y conoce que el fuego y el vapor como las tempestades tienen que ejecutar la palabra de su Señor.

(Se continuará.)

¿A QUIÉN QUIERES?

Esta pregunta podemos hacer sin

escrúpulo á todos, porque difícil será encontrar alguien que no quiera á nadie en este mundo, lo que vamos á de-

mostrar con la historieta siguiente:

En la famosa Bastilla de Paris había-se encarcelado, en los tiempos del gran rey Luis XIV, á un pobre hombre por un delito que se le imputaba; y separado de su familia, y de cuanto le era querido en este mundo, lloraba en aquella lúgubre prision por los seres que habia amado con ternura.

Estaba acostumbrado á querer y tener cuidado de los que amaba, y en su triste soledad érale mas insoportable para él, no tener en esta vida ya á nadie á quien querer y que hubiera correspondido á su ternura.

Pasaba los dias meditando en su triste suerte, no conocia á su Salvador, no podia amarle ni pedirle consuelo, porque tal vez no habia oido pronunciar el dulce nombre de Jesus; era muy desgraciado. Un dia observó en un rincon de la prision una araña negra que tenia allí un tejido grande muy bien colocado al frente de la ventana, en que cazaba las moscas que penetraban por las rejas de hierro. Bien pronto hizo conocimiento con ella y puso su cuidado y cariño en este animalito. Abria más á menudo la ventanilla de su prision para que pudiesen entrar más moscas, las cazaba y se las echaba á la araña. Esta le conocia y cuando se acercaba á su rincon salia de su agujero, se ponía en el centro del tejido, recibía la comida de su bienhechor y cuando este hablaba con ella le miraba con sus ojos negros y parecia entenderle.

El preso habia encontrado en su cárcel á quien querer y cuidar, y esto le consolaba; estaba ménos triste, y la ocupacion de cazar las moscas, le entretenia.

Algunos meses pasaron así y el carcelero observó que el preso, que parecia un esqueleto consumido, por el estado abatido de su alma y el alimento malo, mejoraba de aspecto visiblemente, lo que no podia comprender, puesto que le llevaba siempre el mismo alimento escaso; y se puso á observar por el agujero de la puerta al infeliz prisionero. Apénas vió su entretenimiento, cuando entró, tiró la araña al suelo y la mató, porque aquel hombre cruel no queria que tuviese el placer de amar á la araña, porque él tampoco tenia á quien querer.

El preso vertió muchas lágrimas por su araña, y entristeciéndose despues de esto mucho más que ántes no sobrevivió mucho tiempo á su araña.

¡Qué enseñanza tan grande podemos sacar de aquí!

Un amor debe el hombre tener, sea á su familia, á su mujer, su casa ó á su dinero; algunas veces á falta de todo esto quiere á un perro, ó una araña como aquel preso, y ¿por qué será esto?

Es la centella del amor eterno, del amor de Dios, y esta centella en él es la que ama, aunque sean muchas veces cosas indignas de su cariño aquellas en que se fija.

(Se concluirá.)

LA BIBLIA EMPAREDADA.

(Continuacion.)

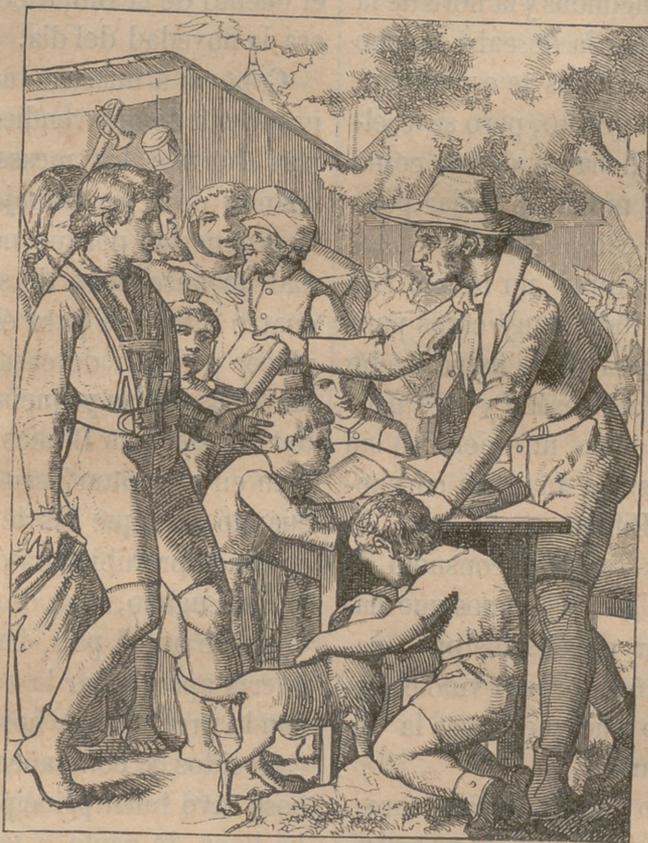
CAPÍTULO III.

Pusieron-me laxos los impíos: empero yo no me desvié de tus mandamientos. (Salmo 119, 110.)

La Biblia deseada tanto vino á ser el constante compañero de Juan desde aquel día; leía en ella en las horas de descanso y los Domingos; mas de uno le escuchaba que solo habia venido á ver el libro famoso. Esplicaciones no podia dar el pobre, porque él mismo no comprendia sino una pequeña parte; solo las historias de los evangelios le parecian muy claras y agradables; de los salmos llegó á aprender algunos, y en ellos á orar.

Pero la lectura no agradaba á los compañeros viciosos; befa y burla y hasta golpes tuvieron que sufrir los que no querian dejar de escuchar á Juan.

Un colportor con quien habia hecho



estado en la escuela. Lo ensayó y tuvo buen éxito; hubo bastantes discipulos porque los mas cuerdos habian observado tiempo hacia como los arquitectos engañaban vilmente á los que no sabian leer y escribir. Sin pensar Juan tenia una escuela; porque la sabiduría del mundo encuentra más atractivos que la de Dios. Pero esta vez tenia la primera que servir á la segunda porque los que aprendian de Juan oian tambien con agrado su lectura, y pronto hubo mas que suficien-

conocimiento y tenido largas pláticas, le aconsejaba que continuase limitándose al día del Domingo, y si alguien quisiera venir durante la semana, debería instruirle en el leer y la aritmética; porque Juan habia aprendido más que los otros trabajadores que jamas habian

tes para tener á raya á los perturbadores.

De esta manera pasó el verano; las obras estaban concluidas y la hora de la marcha llegó. Juan la deseaba mucho porque su mujer é hijos le esperaban.

El viaje se hizo pronto, pero su vuelta no fue para él llena de alegría como otras veces. Su mujer al bajar poco ántes una cuesta con un saco de castañas, cayó y se rompió un brazo. Los médicos son en Italia muy caros para el pobre y un curandero habia hecho una mala cura en el brazo y este pendia del cuerpo como un miembro sin vida. Pero no estaba Juan sin consuelo, porque su Biblia estaba con él. El y los suyos sacaron consuelo de ella, así como algunos vecinos que habian oido contar aquella historia maravillosa. Mas bien pronto vino el sacerdote católico que queria ver la Biblia extraordinaria.

«Con mucho gusto, Señor cura,» dijo Juan, «pero una cosa es necesario que convengamos. V. no puede quitarme este libro, porque Dios mismo me lo ha regalado.» «Tonterías,» respondió el cura; «¿no sabes tú que resulta mucho daño, cuando personas sin instruccion quieren entender la Biblia y se atreven á esplicarla? esto puede hacerlo solamente la Iglesia.» Pero esta vez no sacó nada, Juan se mantuvo firme y el segundo lazo se habia roto.

En Italia se predica ahora la palabra de Dios publicamente y en todas partes; y los valles solitarios, donde vivia

Juan, fueron visitados por un vendedor de Biblias algun tiempo despues de su regreso. Este bien pronto llegó á saber el cuento de la Biblia emparedada que era la novedad del dia.

Conoció á nuestro Juan y le hizo la propuesta de que vendiese Biblias en el pais durante los meses del invierno, cuando no tenia trabajo. Juan aceptó la propuesta, porque no tenia necesidad de ausentarse de su casa mas de cuatro dias. Era para él un verdadero placer poder ir de casa en casa, y en las ferias de las pequeñas ciudades poder vender sus Biblias. Entraba tambien en el canton Tesino de cuando en cuando, aunque las leyes de aquella comarca prohibian entónces las ventas.

En Lugano, una de las principales villas de aquel pais, habia feria. Juan queria aprovechar la ocasion; contaba con la proteccion y hospitalidad de sus conocidos y compañeros de arte. La cosa tuvo buen principio; la feria estaba llena de gente, y la mesa, llena de libros bonitos y baratos, llamó la atencion de los niños, importándoles poco su contenido. En esto se acercó un jóven de mala traza, abriéndose camino por en medio de la gente.

«¿Biblias vende? ¡Ah! Si yo quisiera una, la podria tener sin dinero: No tengo mas que ir á Glarus; allí dejé una emparedada y ni el diablo la habrá sacado, á pesar del fuego y la tormenta.»

Juan se sorprendió por un momento, pero de repente se le aclara la cosa

sobre la que habia meditado tantas veces, y contesta con agrado: «No ju-reis, jóven; yo creo que la Biblia no está ya allí. ¿Qué diriais si yo os la pudiese enseñar?»

«No querais engañarme, viejecito,» contestó aquel; «yo hice una señal en aquel libro, lo conozco entre miles; y miéntras no vea aquella señal, lo repito: ¡El diablo no la sacaria!»

Juan saca su Biblia del bolsillo y dice: «¿Conoceis esta señal, amigo mio?» Antonio se sorprendió á su vez y no tuvo nada que contestar, cuando Juan le contó cómo habia encontrado la Biblia. Pero cuando añadió: «Ya veis que el diablo no la ha sacado, sino Dios, y ahora debeis comprar una, porque veis bien que el Señor vela sobre su palabra,» el ódio de Antonio contra la Biblia se despertó con toda fuerza y gritó: «¡Id al diablo con vuestras cosas, no queremos nada de ellas! ¿Quién os ha dado permiso para venir con esto aquí?»

Sublevó á sus compañeros contra Juan, volcaron su mesa y le golpearon malamente, obligándole á huir. Esta vez los lazos hicieron señales marcadas en la carne, pero Juan no se apartó de la palabra del Señor. *(Se concluirá.)*

¿A QUIÉN QUIERES?

(CONCLUSION.)



La centella del amor eterno que ha bajado del cielo en los corazones de los hom-

bres, no quiere quedarse en el corazon solo, sino quiere entregarse á otro ser, y entregarse á otro quiere decir: «amar.»

Cuando queremos mucho á alguna persona decimos: «quisiera dar mi corazon á este hombre.»

Veamos por un momento á ese gran Dios que es todo amor.

¿Puede este grande é inmenso amor quedarse solo por toda la eternidad, si la centella en el corazon no puede sufrir quedarse sola?

¿Puede el amor dormir? ¿Puede el amor contentarse con amarse á sí mismo? Amarse á sí mismo no es amor, sino egoísmo, porque no se piensa mas que en sí mismo y no se acuerda de los demas.

Dios por amor, y nada más que por amor á nosotros sus criaturas, mandó á su hijo unigénito para que nos redimiera y nos hiciese capaces de quererle á nuestra vez, para que podamos gozarnos en este amor á él y ser amados de él sin retencion.

Podemos y debemos querer á nuestras familias, y á los seres que nos son caros en este mundo; pero este nuestro amor no debe ser mayor que el que profesemos á nuestro Salvador Jesucristo, porque á él debemos lo que somos, lo que tenemos y lo que seremos algun dia cuando nos dará, por este mismo amor que nos tiene, una felicidad eterna.

«¡Amémosle á Él, porque Él nos amó primero!» (1.^a S. Juan 4, 19.)

BATALLA ENTRE UN MORO Y UN CRISTIANO

EN EL CERCO DE GRANADA.

(ROMANCE MORISCO.)

A vista de los dos reyes
 Isabel y don Fernando,
 Puesto á Granada cerco,
 Sale un moro y un cristiano;
 El moro arrogante y fiero,
 Furioso y determinado,
 Y en la adarga este mote:
 «Todo lo allana mi brazo.»
 Pues el cristiano animoso
 No sale ménos lozano,
 Que es mancebo y floreciente
 Y de nacion lusitano;
 Muestra bien en su apostura
 Su esfuerzo, valor y estado,
 Y en un retrato que lleva
 El principio de su daño.
 Con arrogancia y denuedo
 El moro le habló al cristiano,
 Diciendo: «Saber quisiera
 De qué rey eres vasallo;
 Porque en solo haberte visto
 Te estoy tan aficionado,
 Que por sola tu amistad
 Casi me hiciera cristiano.»
 No quiso el aventurero
 Dejar de ser cortesano,
 Y dícele al moro: «Soy
 De la nacion lusitano,
 Y del rey don Juan Segundo
 Soy y seré su vasallo.
 Soy don Francisco de Almeida,
 En mi patria bien nombrado,
 Y codicioso de honra,
 La quietud menospreciando.

Vine á servir á los reyes
 Isabel y don Fernando.»
 «Agora digo que eres
 De algun linaje villano,
 Y que por no ser cual muestras,
 Te has venido desterrado;
 Pues dejas tu propio rey
 Por servir al que es estraño;
 Que si por honra lo haces
 En Africa tienes campo.»
 «No quisiera responder
 A tus razones, pagano;
 Y si doy respuesta es
 Por dar á tu yerro el pago.»
 Apártase el sarraceno
 Y tambien el lusitano,
 Para tomar de la vega
 Lo que les es necesario;
 Y cual hambrientos leones
 Vuelven ligeros picando
 Los acicates aprisa,
 Y las lanzas enristrando
 El cristiano quitó al moro
 De la cabeza el tocado,
 Y el moro dió en el escudo
 Descomponiendo el retrato;
 Que fue causa que volvió
 El gallardo lusitano
 Tan presto y furioso al moro,
 Que ántes de ser amparado,
 Con la adarga le partió
 El hombro y derecho brazo;
 Y cortando la cabeza
 Lo llevó al rey don Fernando,
 El cual se lo tuvo en mucho,
 Y díjole: «Hidalgo honrado,
 Pedid cumplidas mercedes,
 Que todo os será otorgado.»

Salmo 137, 1-6.

Junto á los rios de Babilonia, allí nos sentábamos, y llorábamos acordándonos de Sion.

Sobre los sauces en medio de ella colgamos nuestras arpas.

Y los que allí nos habian llevado cautivos nos pedian que cantásemos; y los que nos habian desolado, nos pedian alegría diciendo: «Cantadnos algu-



nos de los himnos de Sion.»

¿Cómo cantaremos cancion de Jehová en tierra de extraños?

Si me olvidare de tí, oh Jerusalem, mi

diestra sea olvidada.

Mi lengua se pegue á mi paladar, si de tí no me acordare, si no ensalzare á Jerusalem como preferente asunto de mi alegría.

LA BIBLIA EMPAREDADA.

(CONCLUSION.)

CAPÍTULO IV.

La afliccion solamente hace entender al oido. (Isaías 28, 19.)



olvió la primavera y otra vez se pusieron los albañiles en camino para las montañas del Norte. Antonio desde su pueblo cerca de Lugano y nuestro buen Juan tomaron sus mandiles y sus herramientas y se pusieron en marcha. Aconteció, que ambos encontraron trabajo en la misma obra, lo cual no agradaba á Juan que se acordaba de la mala pasada en Lugano. Antonio queria buscar camorra con él, pero cuando vió que los demas compa-

ñeros no le secundaban, y que el arquitecto le apreciaba y le encargó la vigilancia de la obra, se sosegó y tuvo vergüenza de su propio manejo; porque aquel á quien odiaba, estaba siempre cariñoso con él. Pero no queria dejar sus malas palabras y su vicio de beber.

Un dia subia las escaleras con una piedra labrada de mucho peso. Tal vez habia bebido demasiado ó su cuerpo estaba ya muy debilitado por este vicio; resbaló y cayó con su carga de una altura de cincuenta pies. Le llevaron sin conocimiento al hospital donde le cuidaron las hermanas de caridad, y Juan le visitaba cuando se lo permitia su tiempo. Durante la semana no podia hacerlo, sino raras veces, y cada

visita le costaba un sacrificio, pero dejó al enfermo su querida Biblia, suplicándole que la leyese á menudo.

El corazon de Antonio era duro y muy obstinado; veia con repugnancia aquel libro que habia señalado con su martillo; pero la palabra que contiene es un martillo que rompe las peñas mas sólidas. Los dolores en su pierna rota cesaron de atormentarle, las horas le parecian muy largas; tomaba el libro para entretenerse y leia un versículo aquí y otro allí, pero sin encontrar placer en la lectura. Así le encontraron un dia dos señoras cristianas que visitaban á los enfermos, y habiendo observado que no conocia la Biblia, le mostraron el capítulo 12 de la epistola á los Hebreos, donde está escrito lo siguiente: «Hijo mio, no menosprecies el castigo del Señor, ni desmayes cuando de Él eres reprendido.» Él leyó esto y algo mas, y todo concordaba con su situacion; los sufrimientos trabajaron en su ánimo y la palabra del Señor mostró su fuerza rompiendo la peña; su corazon se ablandó y se fortificó con la gracia del Salvador, en el que creyó desde entónces. Él habia peleado contra Dios, y su alma habia sanado al fin; pero quedó descoyuntado como Jacob. Habia esperado volver al trabajo en seis semanas, pero pasaron seis meses ántes que pudiese andar con muletas; no podia trabajar mas en su oficio. Juan, que era ahora su amigo querido, regresó ántes que él á su pais; pero siguiendo su consejo y el de otros

cristianos, Antonio empleó el largo tiempo de su convalecencia en aprender para poder ganar su subsistencia instruyendo á otros.

Vive ahora en su pueblo, y tiene una escuela, aunque la casa no es muy á propósito. En el invierno junta los niños en cualesquier casa; lo demas de su tiempo lo emplea leyendo y esplícando la Biblia á sus vecinos lo mejor que puede; éstos le oyen con gusto. Juan vino á ser su padre, porque ademas de hacerle toda clase de beneficios, le dió en matrimonio una hija suya. Cuando muera, la Biblia emparedada será la herencia mejor de sus hijos.



EL CIEGO Y SU PERRO.

Cierto dia que un hombre iba por la calle, vió un perrito tendido sobre el empedrado con una herida que en la cabeza le habian hecho unos muchachos muy crueles. Movidó el hombre á compasion, tomó el pobre animalito y llevándole á su casa, le curó la herida.

Ya estaba el perrito muy sano y alegre, cuando al hombre le atacó á los ojos tan grave enfermedad, que perdió la vista. Entónces todos los amigos le abandonaron; nadie queria

guiarle para que no tropezase, y por fin quedó tan pobre, que no tenía dinero para comprar comida ni ropa para vestirse. Nada le quedaba excepto su perro.

Pero este, agradecido á lo que su amo había hecho por él en otro tiempo, resolvió no abandonarle aunque pasara hambre, y así lo hizo. El le guiaba para que no tropezase, y aun hacia más: tomaba un platillo entre los dientes para que la gente echase en él alguna limosna, y mientras que así pedía, ponía unos ojos tan tristes con los que señalaba á su amo, que muchas buenas personas, entre ellos niños y niñas, daban abundantes limosnas, con las que vivieron el ciego y su perrito.

Tan buen amigo tuvo el ciego por haber sido compasivo. Es una verdad que todo el que hace el bien, á su tiempo recibe la recompensa.

LOS PÁJAROS.



había un pueblecito rodeado de un bosque de árboles frutales; en la primavera se hallaban estos cubiertos de flor y en las ramas cantaban y hacían sus nidos multitud de pajaritos; en el otoño aparecían cargados de fruta.

Un día empezaron los chicos del pueblo á coger é inutilizar sus nidos á los pájaros, y estos, como es natural, se espantaron y marcharon del pueblo.

Ya no se oía á ninguno cantar en

los campos y jardines, y las orugas que ántes servían de alimento á los pájaros, destruyeron los árboles que quedaron sin una hoja como si fuese invierno; y los chicos aquellos que ántes comían tanta fruta, ya no lograron ni siquiera una manzana.

Niños: aprended á respetar las aves, porque destruir los pájaros y sus nidos, es no querer conservar los frutos del campo.

COLOSENSES 3, 1-2.

Si habeis pues resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado á la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra.



Dichoso quien se retira
De esa terrena pasión,
Y á la soberana union
De mas alto amor aspira;
Y por ejemplares mira
Los espíritus alados,
En pura llama abrasados
Del aquel amor inexhausto,
Donde sirven de holocausto
Corazones humillados.

2.

Allí es cierta la esperanza
Y eterna la posesion;
Allí las firmezas son,
Que no consienten mudanza;
Allí ningun fin alcanza,
Allí está del alma el fin,

Que estremece al serafin.

Dichoso el que sabe amar
Adonde puede gozar
Del mayor amor sin fin!

LOPE DE VEGA CARPIO.

1 TIMOTEO 6, 6-10.

Grande granjería es la piedad con contentamiento. Porque nada hemos traído á este mundo y sin duda nada podremos sacar. Así que teniendo sustento y con qué cubrirnos seamos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias locas y dañosas que hundén á los hombres en perdición y muerte. Porque el amor del dinero es la raíz de todos los males, el cual codiciando algunos, se descaminaron de la fe y fueron traspasados de muchos dolores.

EL AVARO Y EL MONO.

Un hombre rico y tan avaro que jamás dió cosa alguna á los pobres, tenía un mono que había comprado para lucrarse, vendiéndolo más caro de lo que le había costado.

Salió un día este hombre de casa, y al instante subióse el mono sobre los cajones donde tenía su dueño el dinero, y tiró á manos llenas á la calle las monedas de oro y plata.

Los transeúntes que esto vieron, se empujaban y maltrataban por coger cuanto dinero podían. Ya se hallaban los cajones casi vacíos, cuando el avaro á su regreso echó de ver lo que

pasaba. «¡Ah villano y horrible animal!» le gritaba desde lejos amenazándole con los puños cerrados. Mas un vecino dijo al colérico avaro: «Debes calmarte; pues aunque es verdaderamente tonto el tirar el dinero á la calle, lo es más todavía el guardarle y amontonarle habiendo tantos pobres necesitados á quienes socorrer.»

El avaro queda siempre castigado.

LA VIDA HUMANA.

Un sabio padre fué á pasearse con su hijo á un bello jardín. Este se hallaba adornado con muchos árboles y toda clase de flores. Un diligente jardinero cultivaba cuidadosamente las plantas y las regaba; limpiaba la tierra de la mala yerba y la hacía susceptible de la bendición que viene del cielo.

El padre dijo á su hijo: «La vida humana puede compararse á un jardín; las obras buenas son deliciosas flores y árboles frutales, mas el jardinero que las planta y arregla es la buena voluntad de Dios.»

ADVERTENCIA.

Este periódico saldrá á luz mensualmente, al precio de medio real cada número ó sea 6 reales al año; en provincias 8 reales.

En su confección se ha procurado distribuirlo en cuatro medios pliegos, á fin de que cada uno de ellos sirva como periódico semanal, para el uso de las escuelas dominicales.

Rogamos á todos los que se interesen por la educación de los niños, que nos ayuden en esta tarea, remitiéndonos enigmas, cuentecitos, artículos de Historia, Geografía, Física é Historia natural.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán á la Librería Nacional y Estranjera, Calle de Jacometrezo 59.

MADRID. 1875.—Imp. de J. Cruzado, Peñon, 7.